

Revista de Antropología Social
11 (2002) 155-183

ISSN: 1131-558X

Testigo en tierra salvaje: la cita tropical de Lévi-Strauss y Theodore Roosevelt

Por William A. Douglass
Universidad de Reno (Nevada)

Ser testigo sin contarlo es un acto privado que encierra un problema - ¿puede existir alguna experiencia que no sea compartida? - similar al del filósofo con su solitario árbol caído (si un árbol cae y nadie lo oye, ¿emite sonido?). Para esta ocasión no existe dilema alguno, puesto que pretendo comparar dos textos clásicos del siglo XX que pertenecen al género por excelencia del testimonio: los relatos de viajes - una forma literaria a la que se le está prestando una considerable atención por parte de las ciencias sociales y las humanidades (Clifford 1988 y 1997; Helms 1988; Kenwood 1992; Pratt 1992; Robertson, Mash, Tickner, Bird, Curtis y Putman 1994).

Los sujetos que he elegido son Claude Lévi-Strauss y Theodore Roosevelt, autores de *Tristes Tropiques* y *Through the Brazilian Wilderness* respectivamente. Basados en expediciones realizadas en la misma área de las tierras altas de Brasil, pero con una generación de diferencia (Roosevelt en 1913-4 y Lévi-Strauss en 1935-37, 1938-9), los dos testigos produjeron relatos profundamente diferentes (a pesar de que, por supuesto, comparten ciertos elementos comunes). Me centro en los escritores tanto como en sus textos, imbuido por el espíritu de Montaigne, quien citaba a los clásicos para hacer ver que todo viajero se lleva a sí mismo en el viaje y, por consiguiente, percibe el mundo, por muy exótico que sea, a través de sus propios ojos.¹

Lévi-Strauss es uno de los antropólogos sociales más famosos del mundo, conocido por su enfoque estructuralista en el estudio de la cultura. Su teoría es objeto de discusión en un amplio círculo intelectual global cuyo alcance trasciende considerablemente los límites de esta disciplina. Sin embargo, aunque su fama resuena ampliamente entre las paredes de la academia, su nombre apenas es conocido fuera de esa esfera. A la inversa, Theodore Roosevelt guió a unos pujantes Estados Unidos hacia el siglo XX. Una figura que fue más allá de su

época, un claro ejemplo de hombre del Renacimiento, se puede sostener que Roosevelt fue el más extravagante (y uno de los más populares) de los presidentes norteamericanos.

Son sus textos los que hacen que la balanza se incline a favor de Lévi-Strauss para lo que ahora nos atañe, en la medida en que *Tristes Tropiques* se ha convertido en un clásico que continúa siendo analizado cuidadosamente y debatido aún hoy en día, aun cuando atrajo a pocos lectores tras su publicación (Lévi-Strauss y Eribon 1988:58). El libro de Roosevelt, por el contrario, fue muy leído en su día, entreteniéndolo e informándolo (aunque sin ningún desafío) al lector, pero pronto pasó a acumular polvo en las estanterías de algunas bibliotecas públicas y privadas hasta que recientemente fue reeditado (2000) como un clásico de la literatura de viajes.

Si el destino de los textos da ventaja a uno sobre otro, se hace necesario especificar lo que Lévi-Strauss escribió en *Tristes Tropiques* y lo que Roosevelt relató en *Through the Brazilian Wilderness*. El primero detalla las experiencias de un aspirante a antropólogo de veintitantos años, cercano a los treinta, que se enfrenta al obligado rito de pasaje de su disciplina: el trabajo de campo. El joven universitario pasó una temporada en Brasil siendo un absoluto desconocido mientras luchaba por escalar las estribaciones de lo que se convertiría en el sublime apogeo de una ilustre carrera. Por el contrario, cuando Roosevelt viajó a Sudamérica estaba en sus años crepusculares, descendiendo de la cumbre de una vida pública que le transformó en un deteriorado veterano de muchas guerras, tanto figuradas como literales.

Claude Lévi-Strauss, un judío (no creyente) nacido en Bruselas y criado en París, proviene de una obscura familia de artistas con una situación económica modesta. Habiendo estudiado derecho y filosofía en la Universidad de París, se decantó por la sociología y el emergente campo de la antropología social. Abrazó el marxismo y se convirtió en un activista socialista, aunque su compromiso resultó sospechoso y su militancia transitoria². De hecho, su pasado no sólo no le facilitó sino que le frustró su deseo de introducirse en el exclusivo círculo de los académicos franceses. Relegado a un puesto de profesor en un *lycée* de provincia, en 1935 el joven profesor aceptó de buena gana la oportunidad de enseñar sociología como parte del contingente francés en la recién fundada Universidad de São Paulo. Este destino le dio la oportunidad de llevar a cabo el trabajo de campo entre los indios brasileños que constituiría la base de su futura tesis doctoral.

Entre 1935 y 1937 realizó cortas visitas tanto a Francia como al interior de Brasil. No se conocen en profundidad los aspectos concretos, pero parece

que, una vez liberado de sus obligaciones con la Universidad de São Paulo, realizó unos cinco meses de trabajo de campo (Leach 1970). Estas primeras experiencias tuvieron lugar con los indios caduveo y bororo, dos tribus que estaban inmersas en su camino hacia la asimilación en la sociedad brasileña. Después, formó parte de una expedición al interior de las tierras altas brasileñas que estaba financiada por el gobierno francés y que incluía, al menos, otros dos científicos de diferentes disciplinas. No está muy claro si, bajo las condiciones de la beca, ésta era su única responsabilidad, pero se sabe que al menos una de sus obligaciones era recoger artefactos para el Museo del Hombre. La expedición duró desde junio de 1938 hasta principios de 1939.

Lévi-Strauss volvió a Francia poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Sirvió en el ejército durante un corto periodo de tiempo, fue relevado del servicio activo y recibió un puesto de profesor en un *collège* de Perpignan, trabajo que le duró poco ya que pronto se aprobó la nueva (anti-semita) ley racial. Fue entonces cuando se trasladó a Nueva York como parte de la *New School* - Fundación Rockefeller, un esfuerzo para sacar de Europa a los intelectuales que se encontraban amenazados (Lévi-Strauss y Eribon 1988:25-27). Tras la guerra fue nombrado agregado cultural de Francia en Nueva York³.

En 1948 Lévi-Strauss regresó a París para presentar su tesis. Consiguió un “trabajo de transición” como *maître de recherche* en el Centro Nacional de la *Recherche Scientifique* y a continuación fue nombrado por Paul Rivet director asistente de etnología en el Museo del Hombre (53). En 1949 y, de nuevo, en 1950, su candidatura para entrar en el *Collège de France* fue rechazada. En sus propias palabras:

Tras este doble desastre, estaba convencido de que nunca tendría una verdadera carrera. Rompí con mi pasado, reconstruí mi vida privada y escribí *Tristes Tropiques*, texto que jamás me habría atrevido a publicar si hubiera estado compitiendo para obtener una posición en la universidad. (50)⁴

Desde el principio, el libro fue recibido con más calidez en los círculos literarios e intelectuales que en los antropológicos. De hecho,

En el momento en que abrió *Tristes Tropiques*, Paul Rivet me cerró la puerta en las narices. Tenía un temperamento irascible y seguramente, tras leer la primera frase, “Hay dos cosas que detesto: los viajes y los viajeros”⁵, debió detener ahí su lectura y llegó a la conclusión de que yo era un traidor (59).

Clifford Geertz caracterizó esta obra como una “combinación de autobiografía, literatura de viajes, tratado filosófico, informe etnográfico, historiografía colonial y mito profético,” que “... lejos de ser un gran libro de

antropología o, al menos, uno especialmente bueno, es, seguramente, uno de los mejores libros jamás escrito por un antropólogo” (1973: 347). Marcus y Fischer apuntan que este libro es “... filosófico, elegante y merecedor de reflexión y de relectura. Está destinado a ser utilizado en clases de literatura como un modelo de las *belles lettres*” (1986:34).

Theodore Roosevelt nació en el seno de una acomodada y prominente familia de Nueva York⁶. Era el nieto de un magnate inmobiliario e hijo de un político local (Brands, 1997:3-18). Propenso a las enfermedades, el joven muchacho encontró en el aire libre el mejor remedio contra su asma crónica. Gracias a esto desarrolló una pasión por la historia natural que marcó, en parte, la elección de su carrera y que permanecería con él toda su vida⁷. En el verano, entre su primer y su segundo año en Harvard, Roosevelt cazó y pescó en las tierras salvajes de Maine y, tras su graduación, él y su hermano menor Elliott se embarcaron en una larga cacería en Illinois y Minnesota (justo al este del territorio de Dakota).

Para el joven naturalista, la recolección de especímenes de pájaros y mamíferos (a menudo conseguida a base de rifle), era una parte crítica del oficio del científico natural o su “ciencia armada”, tal y como lo define Brands, su biógrafo (70). Roosevelt acabaría convirtiéndose en un enamorado de la caza mayor y en miembro fundador del *Boone and Crockett Club* (189).

En 1881, Roosevelt entró en la vida pública al ganar un escaño en la *State House* de Nueva York. En 1884 su primera esposa murió poco después de dar a luz a su primer hijo y desolado se retiró a Dakota del Sur, donde adquirió un rancho con cabezas de ganado. Fue ahí donde experimentó por primera vez la vida en la frontera, y donde llegó a conocer y a admirar a los hombres que habitaban estos territorios.

En 1886 regresó a Nueva York, recuperó su escaño en la *State House* y se casó de nuevo. Él y su esposa Edith tuvieron cinco hijos (Roosevelt creía firmemente que era el deber de todo americano engendrar una vasta prole por el bien de la “raza”). En 1888 dejó la política en Nueva York por un puesto en Washington como comisionado del servicio civil americano y durante los cinco años siguientes reformó lo que hasta entonces había sido un puesto superficial y rutinario, convirtiéndolo en una efectiva arma para la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos. En 1893 se presentó a la alcaldía de Nueva York y perdió. Entre 1895 y 1897 Roosevelt sirvió como comisionado para la reforma de la policía de la ciudad.

Tras su estancia en Washington D.C., la política municipal neoyorquina le parecía muy provinciana, por lo que, en 1897, Roosevelt usó sus contactos para

obtener un puesto como secretario asistente de la Marina. Nada más iniciar este trabajo provocó la Guerra Española-Americana (1898) y dejó su puesto para organizar y liderar en combate los *Rough Riders* (una curiosa combinación de hombres del salvaje oeste y los *Ivy Leaguers*⁸). Regresó de Cuba como un héroe de guerra y ese mismo año fue elegido gobernador de Nueva York.

En 1899 Roosevelt aumentó su popularidad y notoriedad publicando el libro *The Rough Riders*. Era la última obra de una impresionante lista de publicaciones que había contribuido a establecer su reputación como escritor académico y popular. Estos escritos abarcan desde el género histórico, como *The Naval War of 1812* (1882) y los cuatro volúmenes de *The Winning of the American West* (1889-1896), la biografía, como por ejemplo, *Gouverneur Morris* (1888) u *Oliver Cromwell* (1900), o las narrativas de viajes de aventura en *Hunting Trips of a Ranchman* (1885), *Ranch Life and the Hunting Trail* (1888) y *The Wilderness Hunter* (1893).

En 1900, contrariando a los jefes políticos del estado, Roosevelt maniobró para aceptar la nominación de vicepresidente, un cargo que asumió como un destierro político. No obstante, en 1901 el Presidente McKinley fue asesinado y Roosevelt se convirtió en el presidente más joven de la historia de la nación. Después fue reelegido en 1904. Como presidente Roosevelt era populista, personalista y paternalista. Era personalista en el sentido en que, como político, era un sospechoso hombre de partido, mucho más propenso a valorar y seguir su propio consejo que el de otros. Era un severo moralista que predicaba una combinación de honestidad, frugalidad, dedicación al trabajo y patriotismo que, en conjunto, equivalían al “Americanismo”. Roosevelt también poseía un gran ego que raramente se debilitaba por los sentimientos de inseguridad o por las críticas negativas.

El populismo de Roosevelt procedía de su historia como reformador político y de su firme creencia en que la democracia era el elemento esencial para el progreso de cualquier nación. También estaba alimentado por sus convicciones raciales. A pesar de que compartía todos los estereotipos raciales y étnicos de la época, no creía en la inherente inferioridad o superioridad de las diferentes razas⁹. Al contrario, era un “equipotencialista” convencido de que todos los seres humanos, con la educación adecuada e idénticas oportunidades, presentarían similares niveles de capacidad. Roosevelt creía que el empresario y el trabajador tenían la obligación moral y recíproca de asegurar un salario decente por un día de trabajo honesto. En la era del “magnate ladrón”, Roosevelt era sospechoso de ser un defensor encubierto y radical del trabajador.

En su política interna, Roosevelt era un presidente imperial que ponía regularmente a prueba los límites de su autoridad en el contexto de los rechazos y equilibrios del sistema político americano. En su política exterior, apoyó lo que acabaría por conocerse como el Corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe. Enemigo de los desórdenes y de los retos contra el poder establecido, Roosevelt nunca vaciló a la hora de intervenir en los asuntos domésticos de las naciones vecinas del hemisferio. También tenía la firme convicción de un claro destino colonial, defendiendo que su país gobernara en Puerto Rico y Filipinas. El ejemplo más espectacular de su mente imperialista fue su intervención en la orquestación de la separación de Panamá de Colombia con el fin de poder construir el canal.

En 1908, y a pesar de su inmensa popularidad, Roosevelt hizo honor a sus compromisos de no presentarse a la reelección y ungió como su sucesor a su amigo y protegido, William Howard Taft. En marzo de 1909 Roosevelt cumplió su sueño de realizar un largo safari de un año por Africa, acompañado por su hijo Kermit, de diecinueve años. Según Brands:

Sensible a la acusación de depredador, Roosevelt se esmeró en darle a su safari la forma de una expedición científica. Prometió sus presas al museo Smithsonian; los animales, disecados, debían dar cuenta de la rica variedad de mamíferos del este de Africa para el disfrute de las generaciones futuras de estudiantes y de otros asiduos de los museos (643).

La “expedición” estaba asegurada por Andrew Carnegie¹⁰ y Roosevelt negoció un contrato con *Scribner's* que le garantizaba la nada despreciable suma de 50.000 dólares por doce artículos, que serían escritos y enviados desde Africa y publicados por entregas en la revista.

Con libertad para dedicar tiempo a otras actividades, Roosevelt se entregó con placer a los temas que le apasionaban desde siempre. En su camino hacia Africa hizo una escala en Inglaterra, donde fue agasajado con títulos honoríficos en Oxford y Cambridge. En la prestigiosa *Romanes Lecture* de la Universidad de Oxford impartió una conferencia sobre las “Analogías biológicas en la historia”. En 1910-11 fue elegido vicepresidente de la *American Historical Association* (al año siguiente sería nombrado presidente). Se embarcó en la tarea de conseguir fondos para el Instituto Smithsonian y se enfrascó en un áspero debate que fue publicado sobre “La función y el propósito de la coloración protectora en pájaros y otros pequeños vertebrados” (682).

Mientras tanto, Roosevelt estaba profundamente desilusionado con el papel de Taft como guardián de su legado. Para su gusto, su sucesor le parecía poco

crítico con los jefes políticos y con los intereses creados. Roosevelt y sus seguidores fundaron el Partido Progresista (“*Bull- Moose*”) para competir en las elecciones de 1912. Durante la campaña sufrió un intento de asesinato pero sobrevivió a los disparos. El desafío de Roosevelt sentenció a Taft (que quedó tercero) y facilitó la elección de Woodrow Wilson. Consecuentemente, a principios de 1913, Roosevelt era *persona non grata* para los Republicanos y líder del envalentonado Partido Progresista. Consciente de que la principal ventaja de su partido, que se preparaba para las elecciones de 1916, era el culto que existía alrededor de su persona, Roosevelt escribió una serie de artículos autobiográficos para la revista *Outlook* (compilados a finales del año en un libro). También decidió organizar otra expedición – esta vez a Sudamérica- que acabaría inspirando el texto *Through the Brazilian Wilderness*.

El rechazo que Lévi-Strauss afirmó sentir por los exploradores al comienzo de *Tristes Tropiques* es claramente un recurso retórico para distinguir los textos antropológicos de la “simple” literatura de viajes¹¹. Él rechaza así al aventurero que amontona:

... diapositivas o películas, preferentemente en color, para llenar los salones con una audiencia...[para la que] los tópicos y los lugares comunes parece que se han transformado milagrosamente en revelaciones por el mero hecho de que su autor, en vez de realizar su plagio en casa, supuestamente lo santifica al recorrer unas veinte mil millas (Lévi-Strauss 1973:4).

Como pensador esencialmente binario, si Lévi-Strauss renuncia a que la *aventura* sea su tropo organizador, sólo le queda el *aburrimento*. *Tristes Tropiques* ha sido analizado, de hecho, como un texto que retrata el hastío (Arshi, Kirstein, Naqvi y Pankow 1994). En efecto, el propio ritmo de la narración puede ser pasmoso. El lector es conducido por un viaje aparentemente interminable que efectúa la transición desde Europa hasta un mundo de languidez tropical. Más que una hipérbole aventurera orquestada para atrapar el interés del lector con intensos retratos de la exótica naturaleza y cultura de otros rincones del mundo, relatos que el narrador obtiene a cambio de asumir un considerable riesgo personal, *Tristes Tropiques* evoca imágenes de un mundo tropical que no es más que una sórdida y decrepita versión de la civilización occidental, transformada en una fuerza global¹² corruptora.

Antes de introducimos en los elusivos (e ilusorios)¹³ primitivos de las tierras salvajes brasileñas, hay un interludio previo en São Paulo, en el que Lévi-Strauss asume (no de manera plenamente consciente, pero tampoco inconscientemente) el papel de “intermediario intelectual” como parte de la misión civilizadora francesa en la universidad de dicha ciudad (Lévi-Strauss 1973:100).

Para Lévi-Strauss, la búsqueda de tribus primitivas semeja al trabajo de extraer las capas de una cebolla podrida con la esperanza de encontrar el centro en buen estado. Comenzó en los suburbios de São Paulo “pero no entre los indios de los suburbios, sobre los que me habían hecho falsas promesas, ya que los suburbios estaban habitados por sirios e italianos” (107). Los suburbios de la clase trabajadora estaban habitados por gente de color: *mestiços* (cruce de individuos de raza negra y blancos), *caboclos* (mezcla de blancos e indios) y *cafusos* (mezcla de indios y negros) vivían en los suburbios de las clases trabajadoras. A quince kilómetros se podía encontrar una curiosa tribu de “nativos” rubios y de ojos azules con antepasados alemanes. Por aquel entonces existía también una colonia de japoneses que cultivaban hortalizas.

El siguiente punto en el camino se estableció en la “zona de los pioneros”, una mezcla de influencias europeas en la que la vida en el campo tiene un sabor mediterráneo, mientras que las nuevas ciudades “eran totalmente nórdicas” (alemanes, polacos, rusos e italianos) (122). Tenemos que esperar al tercer intento a través de *Tristes Tropiques*, al visitar Paraná, para encontrar los primeros indios del antropólogo, los caduveo de Río Tibagy. Dos décadas antes, habían sido concentrados en una reserva por el gobierno brasileño y allí se les facilitaba muchos de los productos de la civilización occidental (“Por ello, para mi desilusión, los indios tibagy no eran ni “verdaderos indios” ni, lo que es más importante, “salvajes”) (159).

Para alcanzar su primera tribu “real” de indios aceptables (i. e. “una sociedad que aún mantenga vivas sus tradiciones y permanezca fiel a ellas”) (234), Lévi-Strauss ascendió el Río Paraguay en un barco de vapor y atravesó el país en camión, antes de invertir más de una semana en canoa para adentrarse en territorio bororo. La descripción de su viaje (217-233) reproduce en parte el itinerario que Roosevelt hiciera dos décadas antes, y los dos relatos son notoriamente similares. Ambos poseen un cierto espíritu de ‘aventura hacia el corazón de la oscuridad’¹⁴.

A la hora de formular la descripción etnográfica estándar de la vida de los bororo, Lévi-Strauss empleó el portugués para entrevistar a los informantes. El Servicio de Protección de Indios y los misioneros habían mediado y eliminaron el conflicto previo que existía entre los bororo y los colonos del área. Lévi-Strauss apunta que en su aldea, Kejara, la cultura nativa había permanecido comparativamente bien conservada (234). Pero sólo relativamente.

En 1938 Lévi-Strauss regresó a Brasil para resumir su búsqueda de lo primitivo. En un capítulo de *Tristes Tropiques* titulado “El Mundo Perdido” nos cuenta:

Mi intención era estar un año entero en la selva...y como estaba más ansioso por entender América¹⁵ que por estudiar la naturaleza humana basando mi investigación en un ejemplo concreto, decidí finalmente hacer una selección a través de la antropología brasileña -y de su geografía- viajando a través de la parte oriental de la altiplanicie, desde Cuiaba hasta el Río Madeira. Hasta hace poco esta región había permanecido como una de las menos conocidas de Brasil. Los misioneros Paules del siglo dieciocho desanimados por la naturaleza desoladora del país y el carácter salvaje de los indios, apenas se aventuraron más allá de Cuiaba. A principios del siglo veinte, los 1500 kilómetros que separan Cuiaba y la Selva Amazónica aún eran territorio prohibido...No fue hasta 1907, cuando el General (entonces Coronel) Cândido Mariano da Silva Rondon comenzó a explorar y abrir el territorio; tuvo que estar comprometido en esta tarea durante ocho años, tiempo en el que estableció una línea de telégrafos (de importancia trascendental desde el punto de vista estratégico) que unía, por primera vez, la capital federal, vía Cuiaba, con los puestos fronterizos del noroeste.

Los informes de la Comisión Rondon [...], una o dos conferencias dadas por el general, el relato escrito por Theodore Roosevelt, quien le acompañó en una de sus expediciones y, finalmente, un delicioso libro del fallecido Roquette Pinto[...] titulado *Rondonia* (1912), dieron una mínima información acerca de las comunidades primitivas descubiertas en la zona. Pero desde entonces, la vieja maldición parece haber caído sobre el altiplano otra vez. Ningún antropólogo profesional se había aventurado en la altiplanicie. Era tentador seguir la línea telegráfica, o lo que quedaba de ella, probar y descubrir exactamente quienes eran los nambiquara, así como las misteriosas comunidades más al norte y que nadie había visto desde que Rondon indicara brevemente su existencia (Lévi-Strauss 1973:277-278).

De hecho, la expedición duró bastante menos de un año y sus miembros “parece que estuvieron en movimiento casi todo el tiempo” (Leach 1970:x).

Sus encuentros con los nambiquara, a pesar de que estaban menos “contaminados” que los caduveo o los bororo, no llegaron a satisfacer el apetito del antropólogo, en lo que se había convertido en una implacable búsqueda de los verdaderos salvajes. Lévi-Strauss partió entonces al encuentro de los furtivos tupi-kawahib, descritos por Rondon en sus primeros informes. Tras remontar el río durante cuatro días dejando atrás el grupo más remoto de los nambiquara, Lévi-Strauss halló una comunidad compuesta aproximadamente por 25 individuos (“Estos indios, que se llamaban a sí mismos mundé, jamás habían sido nombrados en ningún estudio antropológico”) (379). De cualquier modo, el momento cumbre de la expedición “me dejó con una sensación de vacío” (375). Tras unos cuantos días, renunció a su meta. A este respecto, Lévi-Strauss indica que,

Yo había querido alcanzar los límites más extremos de lo salvaje; se podía pensar que se me había concedido mi deseo, ahora que me encontraba entre esos encantadores indios a quienes ningún otro hombre blanco había visto antes y a quienes probablemente nunca verían más. Tras un encantador viaje río arriba, había encontrado definitivamente a mis salvajes. ¡Alas! Desgraciadamente eran demasiado salvajes. Puesto que sólo tuve constancia de su existencia en el último momento, era incapaz de dedicarles el tiempo esencial para conocerlos... Allí estaban ellos, preparados para enseñarme sus costumbres y creencias, y yo no conocía su lengua. Estaban tan cerca de mí como el reflejo en un espejo; podía tocarles, pero no entenderles. Estaba recibiendo, al mismo tiempo, mi premio y mi castigo... Sólo tendría éxito a la hora de desentrañar el misterio de su esencia, privándoles de lo que les hace extraños: en cuyo caso, bien podía haberme quedado en mi casa (375-376).

He aquí, pues, un aspecto en el que Lévi-Strauss cuestiona la viabilidad y validez de la empresa antropológica. *Tristes Tropiques* es un precursor del deconstruccionismo que acabaría por caracterizar su disciplina¹⁶ y que constituye claramente una de las razones de su constante popularidad. Se sitúa también en un lugar separado dentro de la propia obra del autor desde que, irónicamente, lejos de abandonar tanto el lugar de observación como el campo elegido, pasó a través de esa lente mundé y se convirtió en el mayor portavoz y practicante del estructuralismo. Resumiendo su progresión profesional, Geertz comenta:

Lo que Lévi-Strauss ha hecho para sí mismo es una infernal máquina de cultura. Anula la historia, reduce el sentimiento a una sombra del intelecto y sustituye las mentes particulares de salvajes particulares en junglas particulares, por el Pensamiento Salvaje inmanente en todos nosotros. Esto le ha permitido evitar el callejón sin salida al que le llevó su expedición brasileña - cercanía física y distancia intelectual -, transformándolo por lo que, tal vez, siempre quiso - cercanía intelectual y distancia física -. (1973: 356).

Así pues, con independencia de todo lo demás, *Tristes Tropiques* es un ejercicio de meditación retrospectiva al servicio de la autorreflexión. El libro fue escrito casi dos décadas después de que los hechos que describe tuvieran lugar y su redacción apresurada sólo le llevó cuatro meses entre el final de 1954 y el comienzo de 1955 (Lévi-Strauss y Eribon 1988:58). Detalla las experiencias de un joven y novicio antropólogo, al tiempo que da voz a las angustias de un amargado estudioso de mediana edad y con la carrera profesional aparentemente paralizada. No olvidemos el comentario del propio autor en el que admitía que jamás habría escrito el libro de haber pensado que tenía serias posibilidades de competir por un puesto en la universidad.¹⁷ Cuando se le preguntó si *Tristes Tropiques* era un resumen de su trabajo hasta la fecha respondió: “también de todo sobre lo que creía y soñaba” (1988: 59).

En un punto del texto Lévi-Strauss comparte con los lectores tres poemas pesimistas que había escrito durante su estancia en las tierras salvajes brasileñas, incluido uno que “conjuraba tristes recuerdos de los suburbios” (Lévi-Strauss 1973: 388). Uno puede imaginarle casi veinte años después, embarcado en la glacial tarea de redactar *Tristes Tropiques*, mirando a través de una ventana en París mientras medita con cuidado las palabras de un poema de Verlaine sobre el tedio:

Il pleure dans mon coeur
Comme il pleut sur la ville;
Quelle est cette lueur
Qui pénètre mon coeur? (Richer 1966:160)

La aventura de Roosevelt en Sudamérica debía abarcar varias actividades y fue, en muchos sentidos, una réplica de la africana. Como ex presidente, había recibido muchas invitaciones para dar conferencias por todo el mundo, incluyendo varios países sudamericanos. Su principal meta era dirigir un “reconocimiento zoo-geográfico a través de las tierras del interior de Brasil” (Roosevelt 1919: prefacio). La expedición incluía a dos científicos del *American Museum of Natural History*, responsables de la captura de pájaros y mamíferos. De nuevo, su hijo Kermit le acompañaría en el viaje. Los expedicionarios partieron de Nueva York el 4 de octubre de 1913.

En su papel de francés imperialista cultural, Lévi-Strauss se sintió profundamente disgustado y paternalista sobre Brasil.¹⁸ No en vano, después de todo, fue la principal fuente de su malestar “tropical” (en ambos sentidos). Irónicamente, Roosevelt, el ejemplo por excelencia del americano imperialista que había invadido Cuba, atrapado Puerto Rico y que casi había “robado” Panamá (por supuesto para su propio beneficio), fue generoso y entusiasta en lo que se refiere a Sudamérica. Afirmó:

En conjunto, la impresión que me dejó Bahía no se limitaba simplemente a su belleza y aspecto pintoresco, sino que se ampliaba a su ambiciosa determinación de éxito en las manufacturas y en el comercio, y por la plena conciencia de sus líderes de que este éxito no sería posible a menos que hubiera un gobierno estable, ordenado y honesto, a menos que la justicia fuera impuesta sin distinciones, y sin que la energía, la frugalidad, el trabajo duro y el espíritu emprendedor inteligente impregnaran el mundo de los negocios. Si Brasil continúa desarrollando estas cualidades, como no sólo espero, sino que creo firmemente, tendrá por delante un futuro de prosperidad y desarrollo sin límites de cara al siglo veinte (*The Outlook*, 3 de diciembre, 1913: 802).

Roosevelt dijo de Río de Janeiro:

...en Italia existe una desagradable falta de limpieza que estropea incluso lo más hermoso, mientras que en Río la higiene y la salubridad superan incluso las de nuestras ciudades del norte... Sentí que no debía temer ninguna comparación con cualquier capital moderna, desde Nueva York hasta Berlín (*The Outlook*, 20 de diciembre, 1913:840-841).

De hecho, la ciudad hizo cambiar su opinión sobre la conveniencia del gran viaje de su juventud a Europa:

En conjunto, se hace difícil escribir sobre esta ciudad de casi un millón de habitantes sin expresar la sorpresa por no haber sabido comprender tanto su belleza como su grandeza... Los ciudadanos de los Estados Unidos no se dan cuenta de cuán maravillosa es esta ciudad tropical; maravillosa no sólo por su belleza, sino por su extraordinaria actividad material y por sus éxitos. Afortunadamente, Sudamérica está siendo cada vez más accesible a los norteamericanos. Es de desear que los jóvenes americanos visiten a sus vecinos del sur antes de que se embarquen en su experiencia europea - del mismo modo en que es de desear que los habitantes de la costa este, cuando sea posible, viajen hacia el oeste, hasta el Pacífico, antes de atravesar el océano Atlántico-. (*The Outlook*, 20 de diciembre, 1913: 837).

Mientras estuvo en Río, el Ministro de Asuntos Exteriores brasileño invitó a Roosevelt a que se uniera al Coronel Rondon de la *Telegraphic Commision* en su viaje por el inexplorado Rio Dúvida (el río de la Duda). Roosevelt reconstruiría más tarde la invitación:

Bien, estaríamos encantados de tenerle en el equipo; pero, por supuesto, eso lo debe entender, no podemos asegurarle lo que pueda ocurrir, y puede haber sorpresas, algunas de ellas no necesariamente agradables (*The Outlook*, 6 de junio, 1914:283).

Roosevelt aceptó de inmediato, pero antes tuvo que cumplir con sus previos compromisos. Continuaría sus alabanzas hacia Sudamérica mientras visitaba Uruguay, Argentina y, después, Chile. Era consciente de la abyecta pobreza de Paraguay y, mientras liquidaba la parte "turística"¹⁹ (y diplomática) de su viaje antes de explorar el interior de Brasil, escribió desde Asunción:

...debemos estar prevenidos ante la posibilidad de dogmatizar en exceso acerca de la incapacidad de los trópicos... para crear y mantener una forma elevada de civilización... El siglo veinte es el siglo de Sudamérica (*The Outlook*, 6 de junio, 1914: 308).

La obra *Through the Brazilian Wilderness* arranca el 9 de diciembre de 1913, cuando el grupo de Roosevelt parte de Asunción para remontar el Río Paraguay, y así encontrarse con el Coronel Rondon y varios de los miembros brasileños de la que formalmente se llamaría *Expedição Científica Roosevelt-Rondon*.

A esto sigue una serie de viajes en canoa y de jornadas por tierra con una recua de mulas y bueyes. Roosevelt proporciona una detallada descripción de la gente y de los lugares visitados. Pero, por encima de todo, este texto es un *pastiche* de aventuras de caza y de observaciones naturalistas.

Roosevelt combina estos dos estilos cuando describe la caza de un jaguar:

Un cazador con inclinaciones científicas, un cazador- naturalista, o incluso un amante de los espacios naturales o un zoólogo interesado en los grandes mamíferos, con una jauría de perros cazadores como los que usó Paul Rainey para cazar leones o leopardos en Africa, o como los de Johnny Goff y Jake Borah, con quienes cacé pumas, lince y osos en las montañas Rocosas, o como los que utilizan los plantadores de Louisiana y Mississippi con los que cacé osos, gatos monteses y venados en los matorrales del bajo Mississippi, no sólo disfrutarían de la caza en esta vasta marisma del alto Paraguay, sino que también realizarían un trabajo de alto valor científico sobre los grandes felinos (Roosevelt 1919:119).

Hemos comentado que *Tristes Tropiques* se mueve desde la civilización (São Paulo), a través de la zona de los asentamientos de los inmigrantes europeos, una suerte de tierra de amortiguación, hasta llegar al primer contacto con los (decepcionantes) indios caduveo. A partir de aquí, el punto álgido del viaje al corazón de lo primitivo son las tribus cada vez menos contaminadas por el contacto con la civilización occidental, primero los bororo, después los nambiquara, a los que sigue la búsqueda de los tupi-kawahibs para culminar con el descubrimiento de los mundé.

La forma que tuvo Roosevelt de adentrarse en el mundo salvaje es similar a la de Lévi-Strauss ya que también estuvo marcada por encuentros con grupos humanos cada vez más primitivos. Primero fueron los parecís, que ya habían sido civilizados por el Coronel Rondon, quien les convenció de que utilizaran ropa occidental y de que las endebles chozas indias fueran substituidas por las casas de los empobrecidos campesinos y habitantes rurales en Brasil” (196). La breve descripción que Roosevelt realizó de estos indios estaba adornada con comentarios etnocéntricos (“Las mujeres parecía que eran bien tratadas, a pesar de la práctica de la poligamia”). Si esto no fuera suficiente como para provocar

la dentera del antropólogo, el grueso de la descripción de los Parecís gira, elocuentemente, en torno a un extraordinario juego que practican y que consiste en golpear una pelota sólo con la cabeza (198-199).

Los miembros de la expedición se adentraron en el bosque, tratando de alcanzar el nacimiento del Río Dúvida, donde comenzarían su exploración hacia lo desconocido. De acuerdo con Roosevelt, “a partir de este punto estaríamos entrando en una región todavía completamente salvaje, la tierra de los desnudos nambiquaras” (208).

En su primer encuentro con ellos observó que:

En ningún lugar de Africa nos topamos con grupos humanos tan absolutamente primitivos o salvajes, a pesar de que estos indios eran más agradables y agraciados que cualquiera de las tribus africanas que se encuentran en el mismo estadio cultural (222).²⁰

Para Roosevelt estos indios eran, más que un objeto de fascinación, un obstáculo a salvar (con cierta cautela). Afirma:

En uno de los campamentos tres nambiquaras nos hicieron una visita durante el desayuno. Dejaron detrás de ellos sus armas antes de aparecer y gritaban alto mientras aún permanecían ocultos en el bosque y sólo tras repetidas voces de respuesta dándoles la bienvenida, se aproximaron a nosotros. En tierras salvajes, los amigos siempre proclaman su presencia; lo que distingue al enemigo es un acercamiento silencioso (229).

Y prosigue,

Tras el desayuno en Bonofacio un grupo de nambiquaras - hombres, mujeres y niños - se acercaron paseando tranquilamente. Los hombres nos hicieron una más bien torpe exhibición de tiro con arco...Algunas de las mujeres habían sido secuestradas de otras tribus, después de que sus maridos o padres fueran asesinados; matar y robar son asuntos de poca importancia para los nambiquaras(246).

El 27 de febrero de 1914, todavía en la tierra de los nambiquara, los expedicionarios flotaron siete botes en el nacimiento del Río Dúvida. Algo más de seis semanas más tarde, el 15 de abril de 1914, alcanzaron su primer asentamiento en la parte baja del río. Habían perdido dos de sus embarcaciones, endurecido el racionamiento de comida, uno de los miembros había muerto ahogado y casi se ahoga Kermit, y un enajenado expedicionario asesinó a otro y desertó. El propio Roosevelt sufrió heridas de gravedad y estuvo cerca de no acabar la penosa expedición. A mediados de mayo llegó a Nueva York, con 45

libras menos de peso y afectado por una variedad de enfermedades tropicales. De acuerdo con su propia versión, no sólo lograron elaborar el mapa del curso de un río hasta entonces virgen, sino que

Desde el punto de vista zoológico, el viaje había sido un completo éxito. Cherrie y Miller habían coleccionado cerca de 250 pájaros, unos 500 mamíferos y unos cuantos reptiles, batracios y peces. Muchos de ellos eran totalmente desconocidos para la ciencia, ya que la región que atravesamos nunca había sido rastreada y registrada por ningún científico (1919:347).

Roosevelt se sumergió de inmediato en una actividad frenética con respecto a su expedición. El 26 de mayo de 1914, viajó a Washington, D.C. para presentar un informe a la *National Geographic Society*. Mientras estuvo allí, recorrió por primera vez la exposición del Smithsonian en la que se mostraban los especímenes disecados de la fauna africana que el mismo capturó en 1910. Después impartió una conferencia sobre su expedición a Sudamérica ante una multitud de 4000 personas en *Convention Hall* (*The Outlook*, 6 de junio de 1914:282-283).²¹ En julio viajó a Londres para presentar sus descubrimientos a la *Royal Geographical Society*. Allí también impartió una charla ante una desbordante audiencia de más de mil personas (*The Outlook*, 11 de julio de 1914: 570-571).²²

El lado oscuro del descenso por el río de la Duda fue que la salud de Roosevelt se vio irreversiblemente afectada; nunca pudo recuperarse completamente. Dimitió del Partido Progresista y vivió la tragedia personal de perder un hijo y otro ser herido de gravedad durante la Primera Guerra Mundial. En 1919 murió mientras dormía a causa de una lenta enfermedad. De acuerdo con Brands, “la enfermedad fue diagnosticada como reumatismo inflamatorio, pero con toda seguridad estuvo relacionada con las persistentes infecciones que le habían acosado desde su viaje por el Amazonas” (1997:810).

Conclusion

Si Lévi-Strauss era un imperialista intelectual francés, Roosevelt fue el colonialista americano. El primero era un antropólogo profesional, un naturalista amateur y un aspirante a académico. El segundo, un respetado naturalista, un estudioso *amateur* de las razas y la quintaesencia del hombre de acción. Ambos eran personas bien educadas, claros productos de la civilización occidental; pero mientras Lévi-Strauss es uno de los más acerbadados críticos de dicha civilización, Roosevelt fue uno de sus más entregados impulsores.²³

El símbolo emblemático de contraste entre el espíritu de ambos textos es la línea de telégrafos de Rondon. Para Roosevelt era un índice, un triunfo tecnológico de occidente, una línea recta a través del mundo salvaje que apuntaba directamente hacia un glorioso (y occidental) futuro de las tierras altas brasileñas:

La altiplanicie es una región con buen clima... Hay grandes terrenos fértiles en las proximidades de los ríos, y las fecundas tierras bajas de la Amazonía y de Paraguay fácilmente podrían...acabar siendo tributarias de una civilización industrial asentada en estas tierras altas. Una línea de telégrafo ha sido construida a través de estos territorios. Le debería seguir una vía de tren...Una vez que se haga esto la tierra ofrecerá extraordinarias oportunidades al tipo adecuado de colonos: los que construyen sus hogares y los empresarios emprendedores que tengan visión de futuro, sangre fría y sagacidad y que estén dispuestos a trabajar con los colonos, los inmigrantes y los que se asientan allí, ya que el beneficio tiene que ser mutuo (Roosevelt 1919:195).

Roosevelt no podía haber tenido una mejor impresión de la gente que conoció en el interior de Brasil:

En resumen, estos hombres, y todos los que se encuentran en la frontera entre la civilización y las tierras salvajes en Brasil, están adoptando el papel que otrora interpretarían nuestros colonos, cuando, hace ya un siglo y cuarto, comenzaron a conquistar la gran cuenca del Mississippi; el papel jugado por los granjeros boer en Sudáfrica hace un siglo, y por los canadienses que menos de medio siglo atrás, comenzaron a tomar posesión de las regiones del noroeste. De vez en cuando se dice que la última "frontera" se encuentra en Canadá o en Africa, y que está casi desaparecida. Pero la frontera a mayor escala ha de buscarse, sin lugar a dudas, en Brasil - un país del tamaño de Europa o los Estados Unidos- y habrán de pasar décadas antes de que se desvanezca (Roosevelt 1919:333-334).

Por el contrario, cuando, un cuarto de siglo después, Lévi-Strauss visitó a los nambiquara, encontró que:

Nadie se atreve a cerrar definitivamente la línea [telegráfica] a pesar de que todos han perdido el interés que sentían por ella. Se permite que los postes colapsen y que los alambres se corroan. Los últimos supervivientes que atendieron el puesto no tuvieron el coraje, ni pudieron permitirse abandonarlo, por lo que fueron muriendo lentamente a causa de las enfermedades, el hambre y la soledad (Lévi-Strauss 1973:291-292).

Como si "telegrafara" una respuesta al entusiasta americanista de Roosevelt, Lévi-Strauss concluye:

Tras la estela de los hombres de Rodon estableciendo la línea del telégrafo, se esperaba que una corriente humana de inmigrantes invadiera la zona y que utilizara sus, hasta el momento, insospechados recursos para construir una especie de Chicago a la brasileña. La ilusión duró poco; al igual que el noroeste de Brasil con su inhóspita inmensidad, como ha sido descrito por Euclides da Cunha en *Os Sertões*, la *Serra do Norte*, resultó ser una sabana desértica y una de las áreas más estériles del continente sudamericano(291).²⁴

Tristes Tropiques, entonces, supura un pesimismo de la postcivilización del viejo mundo que cuestiona, fundamentalmente, el valor de las tradiciones occidentales:

Ser un ser humano significa, para cada uno de nosotros, pertenecer a una clase, a una sociedad, a un país, a un continente y a una civilización; y para nosotros, europeos habitantes del mundo, la aventura que jugamos en el corazón del Nuevo Mundo significaba, en primer lugar, que no era nuestro mundo y que tenemos una responsabilidad ante el crimen de su destrucción; y, en segundo lugar, que nunca habrá otro Nuevo Mundo (Lévi-Strauss 1973:448).

De hecho, me atrevo a afirmar que *Through the Brazilian Wilderness* es la huella (¿inconsciente?) de una parte significativa de *Tristes Tropiques*. Además de las conclusiones contrapuestas de cada autor, en sí mismas una forma de ligazón, existen simplemente demasiados paralelismos en los textos para que sea una simple coincidencia. Ya sea en las similares descripciones de los rigores del viaje por agua y tierra, el purgatorio infligido a los viajeros por los insectos y las enfermedades tropicales, la inmensidad y monotonía de un océano verdoso en contraste con la diversidad y el alivio de sus respectivos y templados lugares de origen, la evasión mediante la inmersión en el clasicismo literario occidental ²⁵ para mantener la compostura mental, la sensación de temor y las medidas de precaución tomadas para atravesar el territorio de los indios (por citar sólo alguno de los muchos ejemplos) todo ello indica que *Tristes Tropiques* es, en ocasiones, una elaboración y mejora de *Through the Brazilian Wilderness* mientras que, en otras, es una respuesta.

El trabajo de Lévi-Strauss es posterior y se beneficia del de Roosevelt, un potencial punto delicado para ese observador “serio” que busca poder proclamarse el primer europeo que atraviesa los puestos de frontera territoriales e intelectuales de los límites de Brasil entre la civilización y las tierras salvajes.²⁶ Debemos recordar que sólo hay una referencia a Roosevelt (citada anteriormente) en *Tristes Tropiques* y que le reduce a un simple acompañante de Rondon en

una de sus últimas expediciones y no se menciona el título de su obra, *Through the Brazilian Wilderness*, aunque la compara (mientras las contrasta de manera implícita) con el “delicioso” relato de Roquette Pinto, en el que describe la región.²⁷ En resumen, cuando Lévi-Strauss comienza su escrito con la frase “Odio viajar y a los exploradores” podemos vislumbrar el indiscreto fantasma de Roosevelt, revoloteando al fondo²⁸ y sentir la ironía, al comienzo de *Tristes Tropiques*, de la áspera denuncia del explorador/aventurero que santifica su plagio de tópicos y lugares comunes, milagrosamente transformados en revelaciones al situarlos en distantes lugares exóticos.²⁹

Existen más contrastes y similitudes en la génesis y en los estilos narrativos de los dos libros. *Tristes Tropiques* es un relato retrospectivo escrito dos décadas después de que el autor iniciara sus vivencias en Brasil y una década y media después de que estuviera allí por última vez. Su ritmo, al menos en tanto que literatura de viaje, es, en ocasiones, agonizantemente lento. *Tristes Tropiques* más que penetrar Brasil, permea Brasil. Su preocupación por el tedio parece que reproduce el hastío de la existencia doméstica de un ama de casa. De hecho, Lévi-Strauss califica el trabajo de campo antropológico como una tarea femenina³⁰.

La obra de Roosevelt es un relato contemporáneo elaborado en refrescantes entregas. *Through the Brazilian Wilderness* emplea una curiosa combinación de comentarios serios de índole político y social, intercalados con las aventuras de un (indistinguible) cazador/naturalista/explorador. El estilo narrativo tiene un cierto regusto a Frank Buck (“*Bring ‘em back dead*” “*Tráiganlos de vuelta muertos*” [sic]) un tono que también anticipa, por su edición en entregas, la cualidad cinematográfica de *Perils of Pauline* (“Los peligros de Paulina”) para mantener en tensión al espectador (y, por supuesto, para que regrese la semana siguiente). Es más, Roosevelt abre la escena en un discontinuo³¹ primer capítulo cuya tema principal es el peligro de las serpientes venenosas para los exploradores del mundo. El texto nos traslada al *Instituto Serum-thérápico* de São Paulo donde se extraen venenos para convertirlos en suero. Roosevelt describe con abundancia de detalles una lucha maniquea en la que una inofensiva serpiente *mussutama* mata y se come a un *jararaca* venenoso (Roosevelt 1919: 9- 26)³². *Through the Brazilian Wilderness*, es, por encima de todo, un texto masculino, un empuje aventurero que nos adentra en lo desconocido, en el que la tendencia de Roosevelt a subestimar peligros obvios y sus comentarios generosos acerca del temple y las hazañas de sus compañeros son inteligentes puntos de apoyo en la puesta en escena del principal mensaje performativo: *Fui allí y sobreviví*.³³

Mientras esta meta-afirmación es palpable tanto en el caso de *Through the Brazilian Wilderness* y *Tristes Tropiques*, también lo es el hecho de que los dos autores se sitúan a sí mismos en sus textos de manera muy diferente. Roosevelt, el político experimentado, sabe cómo ocupar un lugar central sin reclamar todo el mérito. Como el protagonista de una obra de teatro de éxito (y el consumado político que era), Roosevelt dirige el sincero aplauso para los actores secundarios. Su texto está salpicado con detalles y elogios hacia las actividades de sus compañeros de viaje identificados: el coronel Rondon, Kermit, los naturalistas George K. Cherrie y Leo E. Miller y otros. En ocasiones, incluso nos presenta como seres humanos a los acarreadores que transportaban las provisiones y que remaban en las canoas. Roosevelt combina en la narración la cara humana y el sentido de esfuerzo colectivo.

Tristes Tropiques adopta un tono totalmente diferente. Es un viaje angustiado hacia el alma y la mente del autor; un viaje en el que hay una casi total ausencia de otros nombres o caracteres desarrollados. Sólo en *Saudades do Brasil* descubrimos, con retraso, que los padres de Lévi-Strauss vivieron con él en São Paulo en 1935 (1995:22). Como Roosevelt, Lévi-Strauss estuvo acompañado durante su expedición nambiquara, al menos en parte, por otros dos científicos franceses, aunque no son nombrados y no hay ninguna referencia a ellos en *Tristes Tropiques*.

Ambos textos abordan la duda de varias maneras. Los dos inician la búsqueda de la experiencia de lo salvaje y primitivo, una indagación para trascender los límites de lo desconocido para convertirse en la primera persona (“civilizada”) en capturar (y, a partir de aquí, domesticar) su esencia. A pesar de su cinismo y pesimismo civilizador, el antropólogo, hasta el final de su relato retrospectivo, está guiado por la creencia de que aún existe en algún lugar, “ahí fuera”, una tribu primitiva no corrompida a la espera de ser descubierta. Por su parte, Roosevelt vio (y encontró) “nuevas” especies (i.e. aquellas aún desconocidas para la ciencia occidental).³⁴

Pero ambos hombres también se enfrentaron a la duda de otro modo. Lévi-Strauss medita y pontifica sobre la verdadera sabiduría y la finalidad de la empresa antropológica:

Mientras practica su profesión, el antropólogo se ve consumido por las dudas: ha abandonado su lugar de origen, sus amigos, su forma de vida, invertido una considerable cantidad de dinero y energía, y ha puesto en peligro su salud con el único objetivo de hacer su presencia aceptable para una veintena o dos de criaturas miserables condenadas a una pronta extinción, cuya principal ocupación antes de que ésta llegue es despiojarse unos a

otros y dormir, y de cuyo capricho depende el éxito o fracaso de su misión... Por encima de todo, se pregunta a sí mismo: ¿Porqué ha venido aquí?... Hace casi cinco años que dejé Francia e interrumpí mi carrera académica. En ese tiempo, mis compañeros más prudentes comenzaban a escalar peldaños dentro de la universidad: aquellos con inclinaciones políticas semejantes a las que yo mismo tuve, eran, de hecho, miembros del parlamento y pronto serían ministros. Y ahí estaba yo, caminando a través de áridas inmensidades en busca de unos patéticos restos humanos (428).

Mientras se enfrentaba a la duda de manera tangible en el Rio Dúvida, la última cosa que pasaba por la mente de Roosevelt era cuestionarse porqué estaba ahí. Lo daba por hecho, y después de reducir al mínimo esencial sus posesiones antes de descender el río, explicaba así su pensamiento estratégico:

Si nuestro viaje en canoa prosperaba, aligeraríamos de manera gradual el peso comiéndonos las provisiones. Si teníamos accidentes, como perder alguna canoa o algún hombre en los rápidos, o perder alguien en los encuentros con los indios, o si nos enfrentábamos a un exceso de fiebre o disentería, el peso se aligeraría por sí mismo. Todos estábamos armados. Pero no cargábamos munición como deporte. Cherrie tenía algunos cartuchos, usados con moderación, para coleccionar especímenes. Los restantes deberían ser utilizados - a menos que tuviera lugar un improbable ataque y hubiera que repelerlo - sólo para obtener comida. Las armas y la comida que transportábamos representaban precauciones razonables contra el sufrimiento y el hambre; pero, por supuesto, si el curso del río resultaba demasiado largo y difícil, si perdíamos nuestros botes en cascadas o en los rápidos, o si teníamos que hacer muchos y largos traslados, o nos veíamos forzados a parar a causa de ciénagas imposibles de atravesar, entonces tendríamos que contar con morir de hambre como una posibilidad. Todo podía pasar. Nos disponíamos a adentrarnos en lo desconocido, y nadie podía decir a donde nos llevaría (Roosevelt 1919:247-248).

Roosevelt no sólo no fue consumido por las dudas, sino que conquistó y asumió el río, que fue rebautizado en su honor por el agradecido gobierno brasileño con el nombre de Rio Roosevelt ³⁵.

Clifford Geertz tiene una permanente fascinación con *Tristes Tropiques* (1973: 345-359). No sólo lo analizó en 1973, sino que, posteriormente, escribió "El Mundo en un Texto" Cómo Leer '*Tristes Tropiques*' en su obra *Works and Lives: The Anthropologist as Author* (1988: 25- 48). En el segundo análisis Geertz reconstruye *Tristes Tropiques*, argumentando que más que una obra primeriza y una aberración en el conjunto de la obra de Lévi-Strauss es, de hecho, su culminación. Geertz cree que el libro anticipa su posterior teoría

estructuralista, y de hecho proporciona su más clara exposición (37-38). Más adelante alega que, en realidad, *Tristes Tropiques* compila cinco diferentes “pequeños” libros (literatura de viajes, etnografía, texto filosófico, tratado reformista y texto literario simbolista) “que hacen señas salvajemente para saltar fuera de este libro gordo” (33). Juntos construyen un mito que puede ser caracterizado del siguiente modo:

La estructura circular del libro que produce este empujón de tipos de texto sintáctico, metonímico es una Historia de Búsqueda: la salida de playas familiares, aburridas y extrañamente amenazadoras; el viaje, con aventuras, hacia otro mundo más oscuro, lleno de variados fantasmas y extrañas revelaciones; el misterio culminante, el otro absoluto aislado y opaco, confrontado en las profundidades del *sertao*; el regreso a casa para contar historias, un poco melancólicas, un poco cansadas, a aquellos que no comprenden, los poco aventureros que se han quedado detrás. Por supuesto, también esto, el mito del Antropólogo como buscador, puede verse como un texto más, metonímicamente adosado, codo con codo con los demás, de tal manera que el significado del conjunto yace, en buen estilo estructuralista (y por tanto con la elusividad propia del estructuralismo) en la conjunción más que en las partes conjuntadas (44-45).

Mientras Geertz amontona sus considerables habilidades retóricas en defensa de esta tesis, en mi opinión este análisis más bien sobrepasa y abruma la evidencia del propio texto. *Pace* Geertz, pero *Tristes Tropiques* es más un texto de asociaciones libres y ecléctico - un verdadero fárrago- que un mito integrado resultado de la intencionalidad del autor.

Finalmente, al contrastar el pequeño libro de relatos de viajes de *Tristes Tropiques* con su obra etnográfica, Geertz subvalora el primero como “una condenada cosa después de otra” mientras que el segundo está respaldado por una “tesis”, implicando que es una obra superior (37). De nuevo disiento. Admito que hay muchos relatos de viajes superficiales. De cualquier modo, juzgar y caracterizar el género en su conjunto en estos términos es como describir el cine como conjunto de argumentos débiles, pobremente interpretados. He argumentado que la característica emblemática del relato de viajes es la narración en primera persona que se traduce en auto reflexividad y auto expresión. Desde mi punto de vista, esto está presente en algún grado en la mayoría de los relatos de viajes y es primordial en las dos excelentes obras que acabamos de analizar³⁶.

Por ultimo, quiero destacar que este tipo de análisis, ya sea de un solo texto o en vena comparativa, constituye su propia forma de testimonio. Coloca un filtro adicional en este caso entre el lector y los nambiquara. También sitúa a

los biógrafos de sus crónicas en primera fila y, a partir de aquí, convierte tanto a los testigos en objeto de análisis como al propio testimonio. En suma, analizar tanto a los viajeros como sus relatos de viajes de esta manera introduce otra forma de testificar: *la del testigo del testimonio del que ha sido testigo*.

NOTAS

¹ Alguien dijo a Sócrates que cierto hombre no había aprendido nada de sus viajes. “No lo creo”, dijo; “ se llevó con él a sí mismo”. *¿Por qué debemos movernos para encontrar países y climas diferentes?. ¿Qué destierro deja al viajero atrás?* Horacio (citado por Montaigne 1943:176).

² Lévi-Strauss trabajó estrechamente con Georges Monnet, un diputado socialista. En 1936 el partido venció en las elecciones francesas. Nos dice: “Yo estaba ya en Brasil, y se convirtió en ministro en el gobierno del Frente Popular. Esperaba que me llamara. Era obvio que, con su victoria, los que antes fueron mis camaradas se habían olvidado de mí” (Lévi-Strauss y Eribon 1988:54). El antropólogo marxista Stanley Diamond censura la “falta de autenticidad” de Lévi-Strauss, consecuencia de su apostasía como judío apático y dudoso activista político. (Diamond 1987: 322- 331).

³ “Cada mañana acudía a la Biblioteca Pública de Nueva York. Lo que sé de antropología lo aprendí durante esos años” (Lévi-Strauss y Eribon 1988:43).

⁴ Consideró seriamente aceptar varias ofertas de Kurt Lewin, Alfred Kroeber y Talcott Parsons para enseñar en Estados Unidos, “Pero no tenía deseos de empezar, otra vez, una vida como exiliado” (55). Este no sería su último rechazo. En 1973 Lévi-Strauss fue elegido miembro de la *Académie Française* como único candidato (el otro candidato se había retirado). Al hacer referencia a la elección (fiel a su típica mentalidad de asedio) afirma: “...¡apenas fue un triunfo!. Ya estaba elegido desde el primer voto con una mayoría de exactamente uno (83)”.

⁵ Esta frase, que en el original dice “Je hais les voyages et les explorateurs” (1955:13), ha sido tratada de manera diferente por los traductores ingleses. John Russell la traduce “Los viajes y los viajeros son dos cosas que detesto” (“*Travel and travellers are the two things I loathe*”) (Lévi-Strauss 1964:17), mientras que en la versión de John y Doreen Weightman podemos leer “Odio viajar y a los exploradores” (“*I hate travelling and explorers*”) (Lévi-Strauss 1973:3). Creo que la segunda versión es más precisa en su elección del término “exploradores” frente al de “viajeros” y sirve mejor a los objetivos de la presente comparación con las “exploraciones” de la expedición de Roosevelt.

⁶ La complejidad de su carrera y la abundancia desbordante de información publicada sobre él hace que sea difícil realizar una presentación escueta de Roosevelt. La siguiente descripción se concentrará principalmente en las características de su pasado y de su personalidad que nos permitan entender la expedición sudamericana.

⁷ Su primera publicación, un catálogo co-escrito con otros y publicado por él mismo cuando tenía diecinueve años, se tituló *The Summer Birds of the Adirondacks in Franklin Country N.Y.* (Roosevelt y Minot 1877). Su mutuo interés por la historia natural es uno de los puntos de conexión de Lévi-Strauss y Roosevelt. El primero afirmó en su día que durante la redacción

de *Totemism, The Savage Mind* y su serie de libros sobre mitología, "...viví rodeado de libros de botánica y zoología. Es más: mi curiosidad acerca de esas materias viene de lejos y se remonta a mi infancia" (Lévi-Strauss y Eribon 1988:111-112).

⁸ Nota del traductor: se conoce por Ivy leaguers a los estudiantes de las universidades que conforman la Ivy League: Harvard, Yale, Pennsylvania, Princeton, Columbia, Brown, Dartmouth y Cornell.

⁹ Al comienzo de su andadura en Harvard, Roosevelt era un aplicado estudiante del racismo científico (Dyer 1980:1-20). Incluso estando ya en la Casa Blanca continuó manteniéndose al día sobre la literatura al respecto y profundizando en cada texto con espíritu crítico. A pesar de su pasado y de su leve germanofilia, Roosevelt rechazó la exaltación de la raza aria y la noción de la superioridad racial del anglosajón y del teutón (26-27). Como neolamarquiano, Roosevelt escribió que el progreso humano "se debía principalmente a la transmisión de caracteres adquiridos, un proceso que opera en cada estado civilizado de manera tan poderosa que compensa la acción de esa funesta ley de la selección natural que rechaza la supervivencia de algunas de las clases más deseables" (39).

¹⁰ Los plutócratas de la nación estaban encantados de ver a este popular justiciero abandonar su cargo y el país. J.P. Morgan, según se dice, saludó la partida de la expedición alzando su copa y diciendo, "América espera que cada león cumpla con su deber" (Brands 1997:646).

¹¹ Por supuesto, Lévi-Strauss no es el único que hace esta observación puesto que existe una vieja ambivalencia antropológica hacia el explorador y hacia el misionero ("no somos misioneros, oficiales de la colonia o escritores de libros de viajes") (Clifford 1997:64). Y sin embargo, antropólogos, misioneros y exploradores coinciden en buscar lo primitivo en los límites de la "civilización" -cada cual con sus propios objetivos-. No obstante mientras el antropólogo se toma mucho trabajo para distinguirse del aventurero *voyeur* y del apasionado proselitista, dada la escasez de fuentes sobre los pueblos primitivos, la monografía antropológica incorpora con frecuencia informaciones extraídas de textos escritos por explotadores y misioneros. Pero estos roles no son mutuamente excluyentes. Ha habido muchos antropólogos a la vez misioneros y uno sospecha que hay un poco de explorador en la mayoría de los antropólogos (mi autor favorito fue Richard Halliburton cuando era adolescente). En otro lugar Lévi-Strauss reflexionando sobre su vocación, acepta que: "Buscaba una manera de reconciliar mi educación profesional con mi gusto por la aventura. Ya de niño y adolescente, ¡cuantas expediciones habré acometido en la campaña francesa e incluso en los suburbios de París! (Lévi-Strauss y Eribon 1988:16)".

¹² En uno de los primeros capítulos, el lector es transportado en una "alfombra mágica" a la India, donde Lévi-Strauss sufrió un malestar tropical similar.

¹³ En última instancia, se ha visto forzado a admitir que la mayoría de las tribus han sido "aniquiladas por el desarrollo de la civilización europea, fenómeno que, para una amplia e inocente sección de la humanidad, se eleva a la categoría de monstruoso e incomprensible cataclismo" (Lévi-Strauss, 1973:367).

¹⁴ Cuando se le preguntó si hubiera querido escribir una novela, Lévi-Strauss respondió que acometió (y pronto abandonó) la redacción de una obra de teatro que iba a titularse *Tristes Tropiques*. La describió como "vagamente Conradiana" y comenzaba con la siguiente frase: "Hubiera querido haber escrito sus libros..." (Lévi-Strauss y Eribon 1988:91). En un

listado posterior de sus novelistas favoritos Lévi-Strauss citó a Conrad en primer lugar (166).

¹⁵ No obstante, en otro lugar Lévi-Strauss afirma que no tenía un interés específico por Brasil o América; su relación se debió a las circunstancias y la conveniencia. (Lévi-Strauss y Eribon 1988:56)

¹⁶ En su trabajo deconstruccionista y canónico, Clifford y Marcus (1986:13) afirman que, hacia la década de los 60, los antropólogos empezaban a cuestionarse las “convenciones de exposición” de la disciplina. Citan tres textos como ejemplos de estas “perturbaciones prematuras”: la “aberrante” obra de Michel Leiris *L’Afrique fantôme* (1934), *Tristes Tropiques* y el libro de Laura Bohannan, *Return to Laughter* (Bowen 1954).

La relación entre Leiris y Lévi-Strauss está lejos de ser casual. Claude da cuenta de su primer encuentro con Michel a principios de la década de los 50, tras aceptar su cargo en el Museo del Hombre. De Leiris, Lévi-Strauss dice: “No conocía su trabajo y lo leí con deleite” (Lévi-Strauss y Eribon 1988: 53). Se convirtieron en grandes amigos. *L’Afrique fantôme* es, en muchos aspectos, el antecedente de *Tristes Tropiques*. (Cf Capítulo 6, “Tell about Your Trip: Michel Leiris” en Clifford 1988).

¹⁷ En ocasiones sus preocupaciones toman formas irónicas: “... cuando llegué a Brasil para participar en la fundación de la universidad, me percaté, con una mezcla de pena y condescendencia, de la precaria situación de mis colegas brasileños. Observando a estos mal pagados profesores que se veían obligados a pluriemplearse para poder vivir, me sentí orgulloso de pertenecer a un país con gran tradición cultural, donde un miembro de las clases profesionales podía sentirse seguro y respetado. No me podía imaginar que, veinte años después, mis alumnos más trabajadores ocuparían puestos en universidades que, en algunos campos, tenían más personal y estaban mejor equipadas que sus equivalentes franceses, y provistas de magníficas bibliotecas que ya deseábamos nosotros (Lévi-Strauss 1973:101)”.

¹⁸ De Río de Janeiro, Roosevelt apuntó con anterioridad: “El estímulo intelectual viene principalmente de Francia; se leen más libros franceses que portugueses” (*The Outlook*, 20 de diciembre, 1913:839).

¹⁹ De hecho, Roosevelt escribió textos más bien discretos a raíz de sus viajes por Sudamérica. El primero, que detalla su misión turística y diplomática por varios países del continente, fue publicado en entregas en *The Outlook* (revista de la que era editor contribuyente). Fueron enviados por carta al editor desde Sudamérica e impresos pocas semanas después de que fueran escritos. Sus exploraciones brasileñas fueron recogidas en *Scribner’s Magazine* tras su regreso. Cuando sus artículos en *Scribner’s* fueron compilados y puestos en circulación cinco años después, constituyendo *Through the Brazilian Wilderness*, Roosevelt añadió un precioso apéndice que tipificaba a los viajeros en tres tipos. El primero es el turista superficial, el “buque de vapor”, que viaja desde un puerto importante a otro con una excursión ocasional por la costa. Menos superficial, a los ojos de Roosevelt, es el viajero que visita los distritos interiores con asentamientos estables de un país particular y con ello tiene contacto de primera mano con su infraestructura y sus habitantes. Este tipo de aventura no tiene ningún mérito “científico” por sí mismo. No obstante estos viajes pueden ser considerados en esos términos (Roosevelt 1919: 355). Finalmente, está el “trabajo de los verdaderos exploradores de lo salvaje que hacen una aportación que añadir al conocimiento geográfico” (357). Roosevelt no estaba simplemente

anunciando su derecho (aunque también lo hacía) a la medalla del verdadero explorador. Más concretamente, estaba dando una categoría a su viaje por Sudamérica, en la medida en que, durante el transcurso del mismo, se le habían atribuido los tres roles: el de “turista”, “viajero serio” y “explorador de lo salvaje”. Este hecho sólo puede ser apreciado correctamente si los artículos de *Scribner's* se complementan con los publicados en *The Outlook*.

²⁰ Recientemente, Lévi-Strauss ha publicado *Saudades do Brasil*, un álbum de memoria fotográfica [¿un retrasado show de dispositivas?!], que nos proporciona un marco congelado de sus aventuras de juventud en Brasil. En los pies de imagen de las numerosas fotografías de mujeres indígenas desnudas, el antropólogo también emite juicios estéticos. En relación con dos adolescentes nos dice: “El atractivo de los nambiquara, a pesar de su perversa reputación, se explica gracias a la presencia entre ellos de mujeres muy jóvenes y hermosas aún teniendo las caderas demasiado estrechas. (Lévi-Strauss 1995[1994]:142)”. Otra joven es descrita como “distraída cuando su estado de ánimo la aflige...” (143) y “...burlona, provocativa...” (144).

²¹ En *The Outlook* publicaron: “Aquellos que vinieron a la conferencia del señor Roosevelt con la idea de que iban a oír relatos en los que sus protagonistas salvan su vida en el último segundo y aventuras que dejan la sangre helada seguramente sufrieron un desengaño, ya que el señor Roosevelt estaba mucho más interesado en la presentación de nuevos problemas científicos planteadas a raíz de su expedición en Sudamérica que en elaborar una llamativa y pintoresca descripción de los hechos (284)”.

²² En Inglaterra sostuvo un férreo debate cuando se pusieron en tela de juicio los “méritos científicos” de su expedición.

²³ En relación a esto, e independientemente de si estamos o no de acuerdo con sus conclusiones, en términos de experiencia profesional y personal, sin mencionar el volumen previo de publicaciones literarias, las credenciales del Presidente Roosevelt le situan en una posición privilegiada para opinar sobre el tema, frente al Ciudadano Lévi-Strauss. El dorado optimismo de Roosevelt contrasta también con el implacable pesimismo de Lévi-Strauss. Haciendo referencia a su expedición por tierras brasileñas, el primero exclamó: “Tengo que ir. ¡Es mi última oportunidad para ser un niño de nuevo!” (Miller 1992:535). Aliviado por haber dejado atrás su estancia brasileña, Lévi-Strauss escribe en el último párrafo de *Tristes Tropiques*: “¡Oh! un afectuoso adiós a los salvajes y a las exploraciones” (1973:473).

²⁴ Hay que hacer constar, de cualquier modo, que la historia corroboró las hipótesis de Roosevelt. En la introducción de *Saudades*, Lévi-Strauss anota: “...los nambiquara llevan hoy en día una precaria existencia cercados por la misión religiosa y los puestos del gobierno habilitados para vigilar a los indios; o el campamento junto a una carretera transitada por enormes camiones; o en las afueras de la ciudad de 60.000 habitantes [esto era hace veinte años; la cifra debe ser mayor en la actualidad] que está creciendo en medio de su territorio, en un lugar donde, en mi época, los únicos signos de civilización que quedaron atrás después de un frustrado intento de penetrar en la región eran una docena de chabolas construidas con una argamasa de barro y zarzos en las que unas pocas familias mestizas languidecían muriendo de hambre y enfermedades (1995:10)”.

²⁵ Lévi-Strauss dedica un capítulo, titulado “La Apoteosis de Augusto”, para explicar su evasión de la realidad cotidiana mientras estaba con los nambiquara. Durante su estancia en este refugio escribió un (pobre) drama que tenía lugar en el mundo clásico. Roosevelt, que tuvo que reducir a lo mínimo esencial para abordar el descenso del Río de la Duda, carga con: “los dos últimos volúmenes de Gibbon, las obras de teatro de Sofocles, la “*Utopía*” de Moro, Marco Aurelio y Epictetus (1919: 247)”.

²⁶ El importante ensayo acerca de las percepciones occidentales de lo salvaje escrito por Hayden White pudo haberse redactado teniendo en mente *Tristes Tropiques* y *Through the Brazilian Wilderness*

²⁷ Los aderezos académicos de *Tristes Tropiques* son chapuceros incluso para los estándares de la Europa continental. *Plon*, la edición francesa original, contiene una bibliografía con 21 textos, incluido el trabajo de Roosevelt. Ninguno es citado a lo largo del texto (y mucho menos los números de páginas) y las obras ni siquiera están presentadas en orden alfabético o cronológico. En la edición de 1962, la *Union Generale d' Editions*, desaparece la bibliografía en su totalidad. De manera similar, la traducción al inglés de Russell (Lévi-Strauss 1964) mantiene la bibliografía mientras que la de Weightmans no (Lévi-Strauss 1973).

²⁸ Geertz sugiere que, al evitar el relato de viajes, Lévi-Strauss está rechazando su *haute vulgarisation* durante la Tercera República tal como se refleja en algunos trabajos específicos de Gide, Loti y Malraux (1988:35). Desde mi punto de vista, posiblemente el texto de Roosevelt fuera, con mucho, más pertinente.

²⁹ La declaración en sí misma parece excesiva, vaga y, de algún modo, fuera de lugar en el contexto de la narración – una diatriba aparte más que un *sequitur*. También resulta irónico que Lévi-Strauss, de hecho, se plagie a sí mismo al incorporar los argumentos de su “complementaria” o pequeña disertación sobre los nambiquara dentro de *Tristes Tropiques* sin ninguna variación ni reconocimiento.

³⁰ En *Conversaciones con Claude Lévi-Strauss*, especifica: “Finalmente, ¿porqué no admitirlo?. Pronto me di cuenta de que era un hombre de biblioteca y no un investigador de campo. No digo esto con menosprecio, muy al contrario, pero el trabajo de campo es una clase de “trabajo de mujeres” (lo que explica probablemente porqué ellas tienen tanto éxito al realizarlo). Yo no tengo ni el interés ni la paciencia que requiere (Lévi-Strauss y Eribon 1988:44)”. A pesar de que comparto profesión con Lévi-Strauss, preferiría quedarme atrapado en un ascensor con Roosevelt.

³¹ Discontinuo en el sentido en que evoca su visita a este instituto, antes de embarcarse en la gira de conferencias por otros países de Sudamérica y antes de unirse a Rondon para la “verdadera” expedición, cosa que hizo bastante después.

³² Durante su descenso por el río de la Duda, Roosevelt tuvo sus propios encuentros con serpientes venenosas: “Uno de los hombres casi pisa una serpiente coral venenosa, lo que hubiera sido un problema serio ya que iba descalzo. Pero como yo voy calzado con fuertes zapatos y los colmillos de esas serpientes - al contrario de las de las víboras de los hoyos (“*pit-vipers*”) - son demasiado cortos como para penetrar el cuero de calidad, rápidamente le puse mi pie encima y mordió mi zapato con su veneno sin hacer ningún daño (Roosevelt 1919:255)”. Tampoco Lévi-Strauss fue inmune a la tentación de invocar a las serpientes como metáfora de los peligros de explorar en el trópico. En *Saudades* encontramos una gráfica fotografía de “una boa de agua hembra de 7 metros”, muerta y destripada con sus hijos muertos (Lévi-Strauss 1995 [1994]:84).

³³ Lévi-Strauss no fue siempre capaz de resistirse al tropo aventurero. Tras citar un pasaje de *Tristes Tropiques*, Geertz apunta: “Mi vida entre los Cazadores de Cabezas” o “Dos Años en el África más Oscura” difícilmente podría ser mejor, o peor, que esta suerte de tono a lo Richard Burton/T. E. Lawrence (1988:35)”.

³⁴ En sus aventuras brasileñas ambos recabaron especímenes para instituciones científicas de prestigio. Sus misiones y experiencias en este país impulsaron a Lévi-Strauss, el antropólogo, a especular acerca de las comunidades y desarrollo de las culturas amerindias tanto en Sudamérica como en Norteamérica (1973:279-289), mientras que Roosevelt, el naturalista, ponderó los presupuestos de Darwin acerca de la finalidad de la coloración animal (que, de manera enigmática, se camufla en algunas especies, mientras que en otras se revela estridentemente) y la evolución paralela de los grandes mamíferos de Sudamérica, Norteamérica y África (1919: 37,70-77).

³⁵ Posteriormente se cambió este nombre por el de Rio Teodoro ya que “Roosevelt” era difícil de pronunciar dada la fonética portuguesa.

³⁶ Lévi-Strauss resume su expedición brasileña señalando: “Quizá entonces esto es lo que era viajar, ¿una exploración de los desiertos de mi mente más que los otros que me rodean? (1973:430)”.

BIBLIOGRAFIA

- ARSHI, S., KIRSTEIN, C., NAQVI, R. y PANOW, F. (1994) “Why Travel? Tropics, En-tropics and Apo-tropaics” En Robertson, G., Mash, M., Tickner, L., Bird, J., Curtis, B. y Putnam, T. (eds), *Travellers' Tales Narratives of Home and Displacement*. London and New York: Routledge, Pp. 225- 241.
- BOWEN, E. S. (1954) [Pseudónimo de Laura Bohannon]. *Return to Laughter*. New York: Harper and Row.
- BRANDS, H. W. (1997) *T. R: The Last Romantic*. New York: Basic Books.
- CLIFFORD, J. (1997) *The Predicament of Culture*. Cambridge and London: Harvard University Press.
- *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Cambridge y London: Harvard University Press.
- CLIFFORD, J. y MARCUS, G. (1986) *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press.
- DIAMOND, S. (1987) *In Search of the Primitive. A Critique of Civilization*. New Brunswick and London: Transaction Books.
- DYER, T. G. (1980) *Theodore Roosevelt and the Idea of Race*. Baton Rouge and London: Louisiana State University Press.
- GEERTZ, C. (1973) *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.
- (1988) *The Anthropologist as Author*. Stanford: Stanford University Press.
- HELMS, M. (1988) *Ulysses' Sail*. Princeton University Press.
- KENWOOD, A. (ed., 1992) *Travellers' Tales, Real and Imaginary, in the Hispanic World and its Literature*. Madrid: Voz Hispánica.
- LEACH, E. (1970) *Claude Lévi-Strauss*. New York: Viking Press.
- LEIRIS, M. (1934) *L'Afrique fantôme*. Paris: Gallimard.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1955). *Tristes Tropiques*. Paris: Plon.

- (1964) *Tristes Tropiques*. Traducido por John Russell, New York: Atheneum.
- (1965) *Tristes Tropiques*. Paris: Union Generale d' Editions.
- (1973) *Tristes Tropiques* (Traducido por John Weightman y Doreen Weightman). New York: Washington Square Press.
- (1995) *Saudades do Brasil: A Photographic Memoir* (Traducido por Sylvia Modelski) Seattle y London: University of Washington Press.
- LÉVI-STRAUSS, C. y ERIBON, D. (1986) *Conversations with Claude Lévi-Strauss*. (Traducido por Paula Wissing). Chicago y London: University of Chicago Press.
- MARCUS, G. y FISCHER, M. M. J. (1986) *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*. Chicago: University of Chicago Press.
- MILLER, N (1992) *Theodore Roosevelt. A Life*. New York: William Morrow and Company, Inc.
- MONTAIGNE (1948) *The Complete Works of Montaigne. Essays, Travel Journals, Letters* (traducidas por Donald M. Frame). Stanford: Stanford University Press.
- PRATT, M. L. (1992) *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London and New York: Routledge.
- RICHER, J. (1966) *Paul Verlaine*. Poitiers: Editions Pierre Seghers.
- ROBERTSON, G., MASH, M., TICKNER, L., BIRD, J., CURTIS, B. y PUTNAM, T. (eds., 1994) *Travellers' Tales: Narratives of Home and Displacement*. London and New York: Routledge.
- ROOSEVELT, T. (1919) *Through the Brazilian Wilderness*. New York: Charles Scribner's Sons.
- . (2000) *Through the Brazilian Wilderness*. New York: Cooper Square Press.
- WHITE, H. (1978) "The Forms of Wildness: Archaeology of an Idea". En White, H. (1978) *Tropics of Discourse: Essay in Cultural Criticism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 150-182.

Traducido por Marta Arroyo

Revisado por María Cátedra

RESUMEN

Este ensayo compara el texto de Claude Lévi-Strauss *Tristes Tropiques* con *Through the Brazilian Highlands*, obra de Theodore Roosevelt, dos documentos referidos a la misma región de Brasil. El recorrido del presidente norteamericano (1913-1914) tuvo lugar dos décadas antes que la estancia del antropólogo. Se analiza por una parte la influencia del libro de Roosevelt en el conocido texto antropológico (influencia que no reconoce Lévi-Strauss) y también la forma en que ambos textos difieren. Las interpretaciones de ambos autores, que ofrecen un considerable contraste debido al persistente optimismo de Roosevelt y al

permanente pesimismo de Lévi-Strauss, son debidas tanto a sus respectivas personalidades e historias de vida cuanto a sus propios y diferentes objetos de interés y estudio.

ABSTRACT

The present article compares Claude Lévi-Strauss' text *Tristes Tropiques* with Theodore Roosevelt's *Through the Brazilian Highlands*, both of which regard the same region of Brazil. The U.S. President's visit (1913-1914) antedated the anthropologist's stay by two decades. At issue are the ways in which Roosevelt's book (although unacknowledged) influenced the subsequent anthropological text, on the one hand, and how the two works differed on the other. It is argued that the contrastive interpretations – Roosevelt's pervasive optimism and Lévi-Strauss' unrelenting pessimism – provided by the two observers are attributable as much to their respective life histories and characters than to their subject matter per se.